

mares, despertando con el bamboleo de su andar marino y el rigor de sus rostros morenos la popular atención y el universal entusiasmo; seguían en pos, llevados á hombros, aquellos vegetales tan dispares de los conocidos entonces entre nosotros, como el maíz con sus ricas panojas, y la yuca, jamás nombrada en las lenguas del tiempo, y las palmas del cocotero, y las hojas amplísimas del plátano, y los tubérculos farináceos y dulces que hoy denominamos batatas; á la flora seguía la fauna curiosísima, viva la que podía conservarse tal, y disecada una gran parte, asombrando á todos los manatíes, semejantes á oceánicas vacas, y las iguanas, parecidas á cocodrilos amansados, y las sirenas de cuerpo carnoso, no tan bellas como ha querido la fábula, ofreciendo como una irrupción de nuevas especies; tras las alimañas aquellas, los pájaros, especialmente los papagayos, de muchas diversas clases, luciendo sus sedosos y brillantes plumajes; tras los papagayos, conducidos en perchas muy altas, los indios á pie, desnudos y pintarrachados, con sus coronas de plumas á la cabeza y sus taparrabos al vientre, muy pasmados del pasmo que producían y muy atentos al descubridor, que los movía con sus miradas y con sus sonrisas á seguir entre las frases y los gestos de admiración y extrañeza que levantaban por doquier; tras los indios los pedazos de oro, las joyas primitivas, los cintos de aljófares dados por los caciques, todo expuesto con arte; y por último, una especie de estado mayor general marino, y tras él Colón, adornado con todas las insignias de sus dignidades, caballero en gallarda cabalgadura, muy erguido á pesar de sus

años, muy atento á las demostraciones recibidas, en los labios la sonrisa de su gratitud, en la frente los surcos de su idea y en la mirada el resplandor de su alma. Inútil nos parece añadir, conociendo todos á Barcelona como asiento de gentileza, y á los barceloneses como prototipos acabados de aquella civilización y cultura, cuánto se esforzaron en mostrar que alcanzaban y comprendían toda la trascendencia del increíble suceso. Desde los arroyos de las calles á los terrados de las casas, apiñábase compacta muchedumbre, delirante de verdadero entusiasmo, expresado en aclamaciones sin cuento y sin medida, que llenaban y henchían á una con sus ecos todos los giros del aire, y difundían por todas partes las corrientes eléctricas de los afectos comunes en que concluye por condensarse, como en una quinta esencia, el alma de todo un pueblo. En este poema de la invención del Nuevo Mundo, poema épico, siquier se refiera en prosa por la Historia, una elección cual esta de Barcelona para el recibimiento á Colón parecía como adrede, y no casual, pues ninguna de nuestras poblaciones tenía derecho á inaugurar la edad nueva del trabajo y del cambio como esta ciudad excepcional de trabajadores é industriales, cuyas glorias náuticas y mercantiles compiten indudablemente con las mejores que hayan podido alcanzar las ciudades itálicas y helenas en el claro curso de su legendaria vida. Bajo un dosel de rico brocado, sobre un trono cubierto de alfombra pérsica, estaban los dos Monarcas, entre la corte más gallarda y más lujosa del mundo. González Oviedo, historiador que tanto se para en minucias, una especie de

San Simón anticipado, como puede verse por sus curiosísimas *Quincuagenas*, refiere que, así como asistió en Santa Fe á la triste salida de Boabdil, asistió en Barcelona un año después á la triunfal entrada de Colón. Y había motivo para envanecerse y recordarlo, porque pocos hechos de tal trascendencia en sus anales guarda la humana Historia. El descubridor se desmontó de su cabalgadura, y anticipándose á toda la procesión que le acompañaba gorra en mano, bajo el estandarte clavado en los arrecifes del Salvador á nombre de Castilla, entró donde se hallaban los dos reyes con una emoción tan viva y honda, que difícilmente podría sobrellevarla en toda su intensidad y con todo su peso la débil naturaleza humana. Junto al solio se hallaba el príncipe D. Juan, en cuyo loor había dado Colón á la isla de Cuba el nombre de Juana, y entre la corte debían de seguro hallarse los protectores de Colón, sobre quienes descollaba por su grandeza el cardenal de España, D. Pedro de Mendoza. Un rumor de asombro y admiración acogió al descubridor, que no veía su camino en el salón, cuando tan claros había visto sus caminos en el Océano. Movidos por un impulso incontrastable, los Reyes olvidaron la regia etiqueta y se pusieron de pie, contra todo lo usado en las cortes castellanas y aragonesas. Al ver Colón tamaña muestra de afecto, quiso de rodillas hincarse; pero lo impidió Fernando, que bajó del trono y lo estrechó en sus brazos.

Año y medio hacía que despedieran los Reyes á Boabdil, cuando recibieron á Colón. ¡Qué diferencia entre uno y otro suceso histórico, entre una y otra persona épi-

cal En la Vega de Granada concluía el mundo antiguo de la fatalidad y en el estrado de Barcelona comenzaba el nuevo mundo de la libertad; allí se hundía el despotismo, en tanto que aquí alboreaba el derecho; veníase á tierra bajo la cruz de Mendoza erigida en las bermejas torres á impulsos de su propio peso la sociedad que se fundó en la guerra y alzábase bajo el estandarte clavado por Colón sobre los arrecifes del Salvador otra sociedad que, no obstante comenzar como todas por la conquista y por las armas, debía bien pronto convertirse por su propia virtud en una sociedad nutrida por el cambio y por el trabajo; Boabdil significaba, con su cimera coronada en la frente y su corvo alfange al costado, la irrupción; Colón, ido sin más armada que unas modestísimas carabelas y unos cuantos marineros, significaba la ciencia y el pensamiento; descendía el uno desde las cimas del despotismo á la rota y á la servidumbre por una serie de largas degeneraciones atávicas, mientras el otro ascendía desde la pobreza y la obscuridad al poder y á la gloria y á la grandeza por el esfuerzo y por la soberanía del genio; veíase la casta y su decaimiento en Boabdil, mientras en Colón veíase la democracia y sus progresos; nieto de cien reyes el uno dejaba como despojo á sus espaldas la tierra de sus padres, y nieto de cien cardadores el otro, extendía una nueva creación para las nuevas reveladoras ideas; el Asia de los tiranos se iba con el uno y venía con el otro la joven América de los pueblos. ¡Cómo las verdades sociales para ser bien alcanzadas y comprendidas piden perspectivas que únicamente pueden ofrecerles el tiempo y el

espacio infinitos! Aquel Boabdil, que se iba con los soldados del Korán vencidos por la guerra, camino de los arenales líbicos, cerraba la edad antigua; y este Colón, que volvía del Océano inmenso con los hijos inocentes de la Naturaleza, revelados por los esfuerzos del genio, abría la edad moderna; pero los mismos que obraran aquellas maravillas, no las conocían en toda su extensión y en toda su trascendencia, y cual ignoraban haber descubierto un continente nuevo material en el Océano, creyendo lo hallado continuación del viejo continente histórico, ignoraban haber descubierto un universo nuevo social, creyendo lo hallado un rejuvenecimiento de la vieja Monarquía, y no el espacio reservado por Dios á la libertad, á la democracia, á la República. El espíritu nuevo que se irradiaba de la prensa recién descubierta; del Renacimiento ya perfeccionado por aquellas legiones artísticas con sus buriles y sus pinceles en las manos; de la renovación religiosa comenzada en los Concilios y pedida por todos los reveladores, traía con la invención del inmortal descubridor como una nueva naturaleza material, la naturaleza virgen americana, para completar el nuevo espíritu colectivo, á que llamaremos el espíritu moderno. Pero ni los Reyes ni el mismo descubridor veían esto, á sus ojos oculto en el tiempo, cual á sus ojos estaba también todavía oculto el nuevo continente que habían descubierto en el espacio.

Suspendiendo todos los usos de la tradicional etiqueta cortesana, los Reyes Católicos hicieron sentar á Colón en su presencia y le otorgaron permiso para que hablase á su guisa todo cuanto quisiese acerca de sus viajes y de

sus hallazgos. El descubridor habló con mucho desembarazo y larga extensión, repitiendo casi de coro lo capital de cuanto escribiera en su Diario de la Navegación y en sus informes á los Reyes. Un reconocimiento del auxilio que le prestará Dios y otro reconocimiento del auxilio que le prestaran los representantes de Dios en la tierra, Isabel y Fernando, sirvieron como de bello exordio á su bien ordenado discurso. Puestos en sistematizada serie los hechos, y elevados á ideas con prestancia de forma y lógica de ordenación, siguieron tras los debidos homenajes las circunstancias más sobresalientes de aquella su divina odisea, como las emociones despertadas en el alma por los súbditos encuentros con aquellas vírgenes y hermosas islas. Colón encarecía el oro que rescatara, y volvía con esperanza y seguridad al oro que se prometía recoger aún; pero, como ignoraba la posición geográfica y la grandeza inconmensurable del archipiélago encontrado, ignoraba los factores aportados también por sus hallazgos al cambio y al comercio. Quien le hubiera podido poner ante la vista lo que iban á prosperar el bien de la humanidad ingredientes como el febrífugo que se llama quina, oculto en la tierra firme, con la que no había tropezado aún, pero próxima en aquel momento á descubrirse, diérale de su obra ventajosas ideas inconcebibles entonces para su genio, deslumbrado por los resplandores del oro. No podía saber el pan que al pobre pueblo llevaba con las panojas de maíz y no podía saber el alimento que le llevaba con tubérculo tan despreciable á primera vista como la patata y tan útil hoy á la vida. ¿Quién le hubie-

ra hecho comprender lo que sería el tabaco? Encontrólo por vez primera en Cuba. Ciertos pobres indios lo llevaban encendido de un lado para otro en hojas secas que chupaban, regalándose con el humo. ¿Cómo presentir y cómo prever lo que serían aquella hoja y aquel humo para los recreos y para los presupuestos del mundo civilizado en uno y otro hemisferio? Pero, dejando esto aparte, no podía Colón adivinar los nuevos jugos que traía para las venas con las múltiples savias en gomas y resinas sacadas á tantos árboles; el número de aromas y especias, con que iba el olfato á regalarse y á robustecerse iban las materias nutritivas para el humano alimento; las medicinas innumerables que apercebían alivio á tanta enfermedad como nos aqueja; los sacudimientos que amenazaban la raíz del castillo feudal, quebrantado ya, con esta movable y aventurera vida nueva en que la navegación y el comercio cambiarían desde los átomos en el suelo hasta los pensamientos en el espíritu; la improvisación de ciudades brotadas como árboles con una grandísima espontaneidad, y la composición de asociaciones humanas sin historia, en que todo sería nuevo, desde los mares nunca surcados por nuestros barcos hasta los cielos nunca vistos por nuestros ojos; el espíritu, en fin, rejuvenecedor que todo lo rehacía y todo lo innovaba en aquella renovación universal. Con los ojos puestos sobre lo pasado Colón creía que tantos territorios habían venido al dominio de nuestra España para que sirviesen á las Cruzadas de los siglos medios y á los cruzados feudales cuando estaban prevenidos en el plan de la Providencia divina y en los

desarrollos del progreso humano á renovar la sociedad como habían renovado la vida. Pero las circunstancias y los oyentes no tenían para qué darse á tantas adivinaciones. Colón aun creía que Cuba formaba parte del continente asiático y que la segunda expedición, á las orillas de Cuba y la Española enviada, llevando como había de llevar más buques y más dotaciones que la primera, encontraría el fabuloso reino de Cathay, la ciudad áurea de Cipango, los dominios del grande Kan todos empedrados de rica pedrería. Pero creyera lo que creyera él, no podía dudarse ni un momento de que la Iglesia, merced á su invención, recibía nuevos fieles y el Estado nuevos súbditos, extendiéndose la nación española bajo cielos nuevos por nuevos mares enteramente vírgenes, como si Dios hubiera querido premiar su fe y su constancia con una creación imaculada y reciente. Así no debe maravillarnos que, acabada la relación del descubridor, sonase un coro celestial acompañado por una cadencia mística, levantando á las alturas glorioso *Te Deum*, expresivo de la efusión que á todos embargaba por aquel singular momento, en que parecían unirse sobre un reencuentro del paraíso perdido la Humanidad y Dios.